

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

PRESENTACIÓN HISTÓRICA

CUADERNO 1



CUADERNO 1

EL CONCILIO VATICANO II:
HISTORIA Y SIGNIFICADO
PARA LA IGLESIA

ELIO GUERRIERO

I. HISTORIA

1. **Tiempos y lugares**

En la primera mitad del siglo XX, la Iglesia se presentaba como una comunidad bien estructurada, presente en los continentes occidentales de Europa y América. En cambio, en los otros continentes de África, Asia y Oceanía, estaba presente con las misiones, pequeñas comunidades de personas convertidas al catolicismo, dirigidas en su mayor parte por religiosos venidos de Europa. Sin embargo, con el transcurso de los años, sobre todo tras el segundo conflicto mundial entre 1939 y 1945, la situación empezó a evolucionar cada vez más rápido. Una de las consecuencias más nefastas de esta guerra fue la escisión del continente europeo en dos partes: la oriental, bajo influencia rusa, de ideología comunista; y la occidental, bajo el influjo de los Estados Unidos, de ideología liberal. Italia se encontraba de manera particular en una situación delicada. Tras haber salido vencida de la guerra, estuvo bajo la protección de los Estados Unidos. Sin embargo, tenía en su interior un partido comunista muy fuerte que miraba con simpatía a Rusia y contaba con muchos seguidores en el mundo obrero. En cambio, en África, Asia y Oceanía, las antiguas colonias pedían con fuerza creciente la independencia de los antiguos países coloniales. También los católicos residentes en ellas se interesaban por estos cambios, y se veían casi impelidos a salir del proteccionismo de las órdenes religio-

sas para hacerse adultos y darse un nuevo ordenamiento con un clero local llamado a sustituir a los sacerdotes provenientes de Europa. Las autoridades eclesíásticas eran conscientes de estas dificultades; sin embargo, les costaba descubrir la manera en la que hacer frente a cambios cada vez más consistentes. El pontífice Pío XII, hábil diplomático, había guiado a la Iglesia en los años de la guerra inspirándose en el principio de la neutralidad. Pero tras la guerra, y también como consecuencia de las persecuciones a los católicos en los países bajo influencia de la Unión Soviética, había condenado con firmeza la ideología comunista y la lucha de clases. Esta elección propició el distanciamiento de la Iglesia de lo que en esa época se llamaba «masa obrera».

Tras la muerte de Pío XII en 1958, los cardenales eligieron sucesor al patriarca de Venecia, Angelo Giuseppe Roncalli, que adoptó el nombre de Juan XXIII. Su elección fue favorecida por su avanzada edad. En realidad, los cardenales electores pensaban en un papado de transición tras el de su predecesor, que estuvo en el cargo poco menos de veinte años. No pensaba lo mismo el elegido; se sentía llamado por la Providencia a guiar a la Iglesia para ir al encuentro y aliviar los sufrimientos de las mujeres y los hombres de nuestro tiempo. Nada más ser elegido, pensó en un concilio ecuménico, en una gran asamblea de prelados católicos provenientes de todos los países en los que la Iglesia estaba presente. A través de los cardenales y los obispos, todos los católicos del mundo tenían que participar en aquel acontecimiento extraordinario. Además, el futuro concilio no estaba llamado a resolver los problemas internos de la Iglesia, sino a aprender a mirar a sus hermanos, los hombres, con simpatía y solidaridad, llevar el anuncio de Cristo al mundo, que no vino a condenar a los hombres, sino a traerles un mensaje de salvación. El 25 de enero de 1959, unos meses después de su elección, Juan XXIII anunció su decisión de convocar un concilio a un grupo de cardenales reunidos en la basílica de San Pablo Extramuros de Roma. En esa época no había *smartphones* ni móviles, y la televisión estaba en sus inicios; sin embargo, la noticia dio la vuelta al mundo. La decisión del papa fue acogida más bien con frialdad por los cardenales. En cambio, los fieles reaccionaron por lo general con entusiasmo. Formalmente, el mundo estaba

en paz, pero abundaban las tensiones nacionales e internacionales, también en Occidente, y en Italia había miseria y pobreza. La iniciativa del pontífice fue un signo de esperanza, abría una perspectiva de paz y bienestar para la humanidad. Pronto iniciaron los preparativos para la gran asamblea, cuya fecha de inicio fue fijada para el 11 de octubre de 1962.

Hasta ese momento, era necesario establecer los temas que había que debatir, preparar unos textos que sirvieran a los padres conciliares como base de sus discusiones, establecer quién tenía que participar en la gran asamblea. Se dio igualmente un nombre al próximo concilio: «Vaticano II» porque sucedía al Vaticano I, que también tuvo lugar en Roma un siglo antes. Como miembros con pleno derecho de participación en la asamblea conciliar solo fueron llamados los obispos católicos de todo el mundo, que podían asistir acompañados de un secretario o un eclesiástico de su confianza cuya misión era ayudarle a preparar sus intervenciones. Luego estaban los expertos, en su mayoría teólogos, que estaban implicados tanto en la fase de preparación de los textos como en el desarrollo del Concilio. No podían votar, pero ejercieron una influencia decisiva tanto en la preparación de los documentos como en la reelaboración de los mismos a raíz de las peticiones de cambios y correcciones de las comunidades cristianas que se habían separado de la Iglesia católica a lo largo de los siglos: ortodoxos, protestantes, anglicanos. En calidad de oyentes también fueron invitados algunos laicos. No tenían derecho a la palabra, a no ser que fueran invitados expresamente por el presidente de la asamblea. Por último, fueron también invitadas como oyentes algunas mujeres. Laicos y laicas pudieron así ejercer una cierta influencia en la Comisión para el Apostolado de los Laicos. Era un principio que ponía fin a una ausencia que había durado siglos. Conviene recordar la participación de obispos católicos provenientes de la zona de influencia rusa, en particular de Ucrania y Polonia. En una época en que Rusia y Occidente estaban separados por el telón de acero, una especie de línea de separación que aislaba de Occidente a la parte del mundo que, por entonces, quedaba bajo el yugo de la Unión Soviética. Sin embargo, el papa inició contactos que fueron bien acogidos por Moscú, y los obispos católicos de Polonia y Uca-

nia pudieron así participar en el Concilio; así como el patriarcado ortodoxo de Moscú, que envió algunos observadores. Un éxito que pocos se habían atrevido a esperar: fue el inicio de un deshielo que tuvo repercusiones incluso en el ámbito político.

2. El inicio solemne

Una semana antes del inicio del Concilio, el papa realizó una peregrinación a Loreto y a Asís para invocar el auxilio de la Virgen y de san Francisco en su desarrollo. El viaje del papa en tren supuso una gran novedad para aquellos tiempos. En la salida y la llegada se reunió una multitud que mostró un gran cariño al «papa bueno» que tenía para todos una palabra de consuelo y una invitación a confiar en la ayuda de Dios. Después del viaje, el papa se recluyó para preparar el texto que leería el día de la apertura del gran acontecimiento. Según lo previsto, el solemne inicio tuvo lugar el 11 de octubre de 1962. La imagen de la apertura fue transmitida en directo a todo el mundo a través de la televisión. El rito comenzó con una larga procesión de obispos que, vestidos con ornamentos solemnes, fueron desde la plaza de San Pedro a la basílica, donde se instalaron en una nave lateral. Por primera vez se veían juntos obispos de Europa, Asia, África. Los creyentes tuvieron la impresión de poder tocar casi con las manos la catolicidad de la Iglesia y su presencia en cualquier rincón del mundo. En cambio, los no creyentes se sorprendieron por la imagen de fuerza que emanaba de esa procesión que parecía que no se acababa nunca. El papa entró el último y, en un contexto alegremente solemne, rodeado por más de 2 000 obispos, empezó a leer el discurso de apertura: «Gócese hoy la santa Madre Iglesia porque, gracias a un regalo singular de la Providencia divina, ha alboreado ya el día tan deseado en que el Concilio ecuménico Vaticano II se inaugura solemnemente aquí, junto al sepulcro de san Pedro, bajo la protección de la Virgen santísima cuya maternidad divina se celebra litúrgicamente en este mismo día». Además, el papa exhortaba a los obispos a hablar con libertad confiando en el auxilio de Dios y aspirando no tanto a definir nuevas doctrinas, sino más bien a un cambio de actitud: «Con oportunas “actualiza-

ciones” y con un prudente ordenamiento de mutua colaboración, la Iglesia hará que los hombres, las familias, los pueblos vuelvan realmente su espíritu hacia las cosas celestiales». Después de tanta espera, por fin empezaba el Concilio.

Como un podcast: el discurso de Juan XXIII a la luna

Tuve el gusto de conocer y colaborar durante un cierto tiempo con el cardenal Loris Capovilla para la fundación Juan XXIII en Bèrgamo. En los tiempos del Concilio, don Loris era secretario de Juan XXIII y me contó algunas anécdotas de aquella jornada histórica. La tarde de la apertura del Vaticano II, el papa estaba cansado por la gran celebración de la mañana y por los encuentros que a continuación tuvieron lugar. Por consiguiente, decidió irse pronto a la cama, hacia las nueve de la tarde. El secretario seguía a su lado para darle las buenas noches, apagar las luces y cerrar las contraventanas. Cuando hacía precisamente esto último, sintió que desde la plaza de San Pedro se levantaba un murmullo de voces que iba poco a poco creciendo. Era una gran multitud que, organizada por jóvenes de Acción Católica, había formado una larga procesión. Llevando antorchas encendidas, la multitud se iba dirigiendo hacia el balcón desde el que el pontífice solía aparecer para rendir homenaje al papa del Vaticano II. Sorprendido, el secretario avisó al papa, que era más bien reacio a levantarse de nuevo. Pero el secretario le rogó que los atendiera, aludiendo que no podía desilusionar a una multitud tan numerosa y bien dispuesta. Entonces, Juan XXIII se levantó, se volvió a vestir y se acercó a la ventana, mientras desde la plaza se alzaban gritos de alegría y entusiasmo. Era una noche magnífica, con una luna llena que proyectaba en la tierra una luz casi diurna. Entonces, el papa tomó la palabra e improvisó un discurso que se hizo famoso: «Queridos hijitos, escuchó vuestras voces. La mía es una sola voz, pero resume la voz del mundo entero. Aquí, de hecho, está representado todo el mundo. Se diría que incluso la luna se ha apresurado esta noche, observadla en lo alto, para mirar este espectáculo [...]. Es que hoy clausuramos una gran jornada de paz; sí, de paz: “Gloria a Dios y paz a los hombres de buena voluntad” [...]. Regresando a casa, encontraréis a los niños; hacédles una caricia y decidles: “Esta es la caricia del papa”. Tal vez encontraréis alguna lágrima que enjugar. Tened una palabra de aliento para quien sufre. Sepan los afligidos que el papa está con sus hijos, especialmente en la hora de la tristeza y de la amargura.

En fin, recordemos todos, especialmente, el vínculo de la caridad y, cantando, o suspirando, o llorando, pero siempre llenos de confianza en Cristo que nos ayuda y nos escucha, procedamos serenos y confiados por nuestro camino».

3. La primera sesión

Como ya se ha mencionado, los obispos presentes en Roma para asistir al Concilio eran más de 2 000. No es fácil organizar los trabajos de una asamblea tan numerosa. Una comisión central había elaborado un reglamento que en su esencia imitaba el del Vaticano I, desarrollado en Roma aproximadamente un siglo antes. Pronto se revelaron los límites de esta ordenación que tuvo que ser corregida varias veces. En la fase de preparación fueron constituidas unas comisiones que por lo general estaban presididas por un cardenal de la curia con la tarea de preparar los textos que había que someter al debate conciliar. Según el ordenamiento inicial, en primer lugar intervenía un obispo encargado de presentar el documento sobre el que se iba a discutir. A continuación, los padres conciliares podían apuntarse a una intervención, limitada a diez minutos para permitir que los muchos presentes pudieran intervenir. Los que se habían apuntado eran llamados al micrófono desde un Consejo de la presidencia compuesto por diez cardenales que se alternaban en la conducción de los trabajos. La intervención tenía que leerse en latín, la lengua oficial, idioma que a duras penas entendían muchos obispos. Por otra parte, existía un problema de acústica. La nave de San Pedro en la que se desarrollaban las reuniones, si bien era una sede prestigiosa, no tenía una de las mejores acústicas. Las intervenciones diarias eran diez y quince. Las comisiones preparatorias habían preparado alrededor de 70 esquemas para la misma cantidad de documentos. Muchos eran repetitivos, otros trataban argumentos demasiado particulares. De este modo, el Concilio corría el riesgo de transformarse en una repetición estanca de argumentos ya conocidos.

Sin embargo, dos reuniones tuvieron una impronta positiva para su posterior desarrollo. En una de las primeras sesiones, los obispos fueron llamados a elegir a los miembros de las comisiones conciliares encargadas de reelaborar los textos ya preparados.

Se distribuyó un elenco de nombres que, en esencia, volvía a proponer a los teólogos romanos que habían preparado esos mismos documentos. Sin embargo, los obispos rechazaron este modo de proceder y consiguieron elegir a expertos procedentes de todo el mundo católico, sobre todo de países del centro norte de Europa. En otra reunión se llevó a votación el esquema sobre la divina revelación. El documento preparado resultó ser más bien decepcionante. La mayoría de los obispos votó no solo por una revisión, sino también para reescribir totalmente el texto. Parecía casi un acto de insurrección. Pero el papa intervino a favor de la decisión de los obispos. Un gesto significativo que dio fuerza a los obispos considerados progresistas. Al igual que los obispos conservadores, estos tenían libertad de palabra y posibilidad de iniciativa. De este modo, los tres meses de la primera sesión conciliar se sucedieron entre giros improvisados y la escucha monótona de la presentación de los documentos. Sin embargo, entre una intervención y otra era posible acceder a dos bares colocados, uno dentro de la sacristía, y el otro, en la nave derecha de la basílica. A menudo, los obispos se refugiaban allí para una merecida pausa, pero también para encontrarse y conocerse entre ellos. Estos dos lugares concebidos como sitios de restauración se revelaron al final como puntos de encuentro y conocimiento entre los obispos. La comunión entre obispos, a menudo de orígenes y de culturas muy diversas, creció gracias a estas breves pausas. Como observó incluso el papa en la reunión de conclusión de la primera sesión, el 8 de diciembre de 1962, no había de qué estar descontentos. La primera sesión fue un periodo de rodaje que sirvió para poner a punto un método eficaz de trabajo. En las siguientes sesiones el Concilio podía dar los frutos esperados para la Iglesia católica, para los hermanos separados y para toda la humanidad.

4. La amenaza atómica y la encíclica sobre la paz de Juan XXIII

En los primeros días del Concilio tuvo lugar un acontecimiento internacional que puso en riesgo la paz mundial. Unos aviones de reconocimiento americanos se dieron cuenta de que

los rusos estaban instalando misiles en la isla de Cuba, gobernada por Fidel Castro, que había llegado al poder tras una revolución de inspiración comunista. Los Estados Unidos se sintieron amenazados y conminaron a los rusos a que retiraran sus misiles. En caso de no hacerlo, pasarían al ataque. En un dramático mensaje a la nación, John Kennedy declaró: «No vamos a arriesgarnos prematura o innecesariamente a solventar los costes de una guerra nuclear mundial en la que incluso los frutos de la victoria serían como cenizas esparcidas sobre nuestros cadáveres. Pero tampoco vamos a retroceder ante ese riesgo». Juan XXIII realizó una preciosa obra destinada a serenar los ánimos con un mensaje radiofónico emitido el 25 de octubre de 1962, en el que se dirigía no solo a los católicos y a los cristianos sino a todos los hombres de buena voluntad y deseosos de paz. El discurso del papa, recibido favorablemente por las máximas autoridades de ambas superpotencias, supuso una aportación significativa a la hora de evitar un conflicto mundial. Continuando con la política de apertura, también hacia la Unión Soviética, el papa recibió en el Vaticano a principios de marzo de 1963 a Alexis Adjubej, yerno del líder soviético Nikita Jrushchov. Y en los meses siguientes publicó una carta encíclica dedicada a la paz en el mundo. Era un documento solemne que se dirigía no solo a los católicos sino a todos los hombres. En ella introducía la categoría de los signos de los tiempos. No se debía obstaculizar la promoción económica y social de la clase trabajadora, la incorporación de la mujer a la vida pública, porque eran maneras de realizar el reino de Dios en la tierra. Luego, interviniendo de manera más directa sobre el tema de la paz, el papa denunciaba la carrera armamentística. En la era atómica, escribía Juan XXIII, ya no se podía hablar de guerra justa. La paz era una obligación para la Iglesia y para el mundo. Los católicos tenían que comprometerse con todos los hombres en la preservación de la paz. La encíclica del papa fue acogida favorablemente en todo el orbe. La Guerra Fría y las respectivas ideologías parecían ya viejas y superadas.

En los días que siguieron inmediatamente a la conclusión de la primera sesión del Concilio, apareció una noticia inquietante: el papa estaba seriamente enfermo y en sus apariciones en público, efectivamente, lo parecía. A un mes de la publicación de

la encíclica sobre la paz, que luego sería considerada como el testamento espiritual del pontífice, sus condiciones de salud empeoraron rápidamente. La muerte le sobrevino la tarde del 3 de junio de 1963, con una plaza de San Pedro abarrotada de gente que había ido para hacer compañía al papa en sus últimos momentos. Giuseppe Alberigo escribió: «Esta muerte es patrimonio de la humanidad en la singular coincidencia de un justo que era al mismo tiempo papa y maestro».

Como un podcast: la acústica de San Pedro y el bar Jonás

El sacerdote e historiador Maurilio Guasco era, en tiempos del Vaticano II, un joven estudiante de teología en Roma que pudo participar en algunas sesiones del Concilio como *assignator locorum*. Es decir, tenía la tarea de acompañar a sus asientos a los padres conciliares más mayores y ayudarles en sus necesidades prácticas. Tuvo así la posibilidad de asistir a algunas reuniones del Vaticano II. Sobre la acústica, recordaba que un día estaba sentado al lado de algunos obispos latinoamericanos. Mientras escuchaba al relator de turno y tomaba apuntes, el obispo que estaba sentado a su lado le preguntó: «¿Qué escribes?». Respondió: «Tomo apuntes de todo lo que dice el relator». Sorprendido, el obispo se dirigió a los que estaban a su lado y dijo: «¡Este no solo oye, sino que incluso entiende!». Y proseguía Guasco: «Por lo que no había que sorprenderse si muchos de esos obispos se daban cita en lo que llamaban en broma el bar Jonás. Era un bar, pero también un lugar de refugio donde quedar para tomar un café, intercambiar opiniones e informaciones sobre sus diócesis y sobre problemas que cada uno tenía que afrontar». El Concilio se convirtió en lugar de comunión y amistad también gracias a estas imperfecciones iniciales.

5. La elección de Pablo VI y la segunda sesión del Concilio

La muerte de Juan XXIII dejó un profundo vacío. Algunos temían por la continuidad del Concilio. Otros, sobre todo en la curia, deseaban poner fin a aquella aventura considerada peligrosa y dañina para la autoridad del papa e indirectamente para la pro-

pia curia. Tras los funerales del pontífice fallecido, los cardenales reunidos en cónclave eligieron el 21 de junio de 1963 al cardenal de Milán Giovanni Battista Montini, que adoptó el nombre de Pablo VI. El día después de su elección, confirmó la voluntad de retomar el Concilio. Añadió que la gran asamblea debía de continuar en el espíritu de su predecesor. A continuación, estableció la fecha de la segunda sesión para el 29 de septiembre de 1963. En la primera sesión, los padres se habían expresado libremente sobre una gran variedad de temas. En la reunión inicial de la segunda sesión, el nuevo papa propuso a los obispos una especie de programa. El Concilio debía animar a una mejor conciencia de la Iglesia sobre sí misma, favorecer su renovación, procurar conseguir la unidad de los cristianos y el diálogo con el mundo contemporáneo. Era evidente así que los obispos reformadores tuvieron el apoyo del papa. Siguió con atención los trabajos conciliares, más de lo que pudo su predecesor, e intervino a menudo para superar el obstruccionismo de los conservadores, pero también las huidas hacia delante de algunos progresistas. En cualquier caso, el Concilio pudo avanzar de manera más ágil bajo su guía.

Como cambio práctico, nombró a cuatro moderadores con la tarea de dirigir los trabajos de la asamblea e informarlo sobre el progreso de los trabajos. Los moderadores eran el cardenal Krikor Bedros XV Agagianian, prefecto de la Congregación «De Propaganda Fide»; el cardenal Léon-Joseph Suenens, arzobispo de Malinas-Bruselas (Bélgica); el cardenal Julius Augustus Döpfner, de Múnich (Alemania) y el cardenal Giacomo Lercaro, arzobispo de Bolonia (Italia). Ejercieron un papel importante en la guía de los trabajos en el aula y actuando como nexo de comunión entre el papa y los obispos. Pablo VI introdujo otra novedad importante: la información a los periodistas. La ausencia de cualquier comunicado de prensa en la primera sesión había causado fugas de noticias más o menos veraces, más o menos interesadas. La institución de un comunicado oficial sobre los temas abordados eliminaba, al menos en parte, las desinformaciones que causaban siempre un cierto desasosiego. Bajo la guía de los moderadores, en la segunda sesión se examinó sobre todo el esquema de la constitución *Lumen gentium*, uno de los grandes documentos conciliares que trata sobre la Iglesia, su comprensión sobre sí misma, su fun-

ción espiritual y su organización. Además, se aceptaron pequeños cambios aportados a la constitución litúrgica, ya debatida y aprobada en gran parte en la primera sesión. Por último, se trató un documento sobre el ecumenismo que fue muy debatido. En cualquier caso, el documento, según el patriarca melquita de Antioquía, Máximos IV Saigh, padre oriental que hizo muchas intervenciones en defensa de los católicos de rito ortodoxo, «fue señal de que por fin se había salido de un periodo de polémica estéril que ha dañado enormemente a nuestra teología y nuestra espiritualidad».

El 4 de diciembre de 1963 fue clausurada por Pablo VI la segunda sesión con un juicio halagüeño. Al final de su discurso, el papa hizo, además, un anuncio que causó sensación y entusiasmo. En el mes de enero del nuevo año de 1964, haría una peregrinación a Palestina. De allí salieron san Pedro y san Pablo para llegar a Roma. Ningún sucesor de san Pedro había ido antes a Tierra Santa. El papa quería llevar a cabo un gesto ecuménico con el fin de mostrar un signo visible de la nueva voluntad de la Iglesia católica de estrechar lazos fraternos con los cristianos que se habían alejado de Roma a lo largo de los siglos.

6. **El viaje de Pablo VI a Tierra Santa**

Como había anunciado a los padres conciliares, Pablo VI partía el 4 de enero de 1964 para Tierra Santa. El viaje era el primer fruto del Concilio y, al mismo tiempo, manifestaba la voluntad del nuevo papa de pasar a la fase de aplicación de los deseos de los obispos reunidos en Roma. El viaje era de breve duración, quería ser un regreso a los orígenes del cristianismo, a los lugares en donde nació y vivió el fundador de la religión cristiana y la Iglesia, que es también el Señor que la acompaña y guía en su camino. El avión del papa aterrizó en Amán, la capital del reino de Ḥusayn ibn Ṭalāl, Hussein de Jordania. La acogida fue muy calurosa. Después de haber saludado al rey jordano, el papa fue a Jerusalén en un coche escoltado por una flotilla de helicópteros. Por el camino se paró brevemente a la orilla del río Jordán. Entró en Jerusalén por la Puerta de Damasco, y desde allí se dirigió hacia la Vía Dolorosa para por fin llegar al Monte del Calvario.

Durante este recorrido, la muchedumbre era tal que los guardias perdieron el control de la situación durante un rato. Cuando llegó a la VI estación del viacrucis, el papa tuvo que esperar casi media hora a que la policía consiguiese despejar el camino. Al fin pudo llegar a la iglesia del Santo Sepulcro, donde celebró la santa misa; luego recitó una oración a Jesús, expresión de su espiritualidad cristocéntrica y que explicitaba al mismo tiempo la finalidad del viaje. Esta oración, recitada en francés, decía entre otras cosas: «Señor Jesús, nuestro Redentor y Pastor, infunde en nosotros la capacidad de amar, puesto que tú quieres que nosotros te amemos según tu ejemplo y con la ayuda de tu gracia, así como que amemos a todos aquellos que son nuestros hermanos en ti». La mañana siguiente, el papa se dirigió a Galilea para visitar Belén, Cafarnaún y el monte de las bienaventuranzas.

A su regreso a Jerusalén, recibió en la sede de la delegación apostólica la visita del patriarca ortodoxo Atenágoras I. Otro acontecimiento histórico. El papa de Roma y el patriarca de Constantinopla se habían excomulgado mutuamente mil años antes. Ahora, sus sucesores se encontraban manifestándose recíprocamente confianza y lealtad en el deseo de recorrer el camino de Dios. A continuación, el papa donó al patriarca un cáliz, signo de esperanza y del deseo de poder algún día celebrar juntos la eucaristía. El jefe de la Iglesia católica y el de la ortodoxa rezaron el padrenuestro en latín y griego, respectivamente. Así finalizó una jornada histórica y un encuentro ecuménico que por fin ponía en marcha un camino de respeto y fraternidad.

Como un podcast: Pablo VI arrollado por la multitud cuando se dirigía al Santo Sepulcro

El viaje de Pablo VI a Tierra Santa gozó de un extraordinario seguimiento por parte de fieles y curiosos. En la Vía Dolorosa que lleva al Santo Sepulcro, donde se colocó el cuerpo de Cristo tras su muerte, la muchedumbre acabó por arrollar a los servicios del orden. Mons. Pasquale, ya entonces secretario del papa, lo contaba en un convenio de historiadores en Brescia: «Yo me había quedado fuera y estaba extremadamente preocupado por la vida del papa y también porque tenía conmgnto el discurso que él iba a pronunciar. Mientras vagaba preguntándome so-

bre cómo alcanzarlo, vi a un oficial de la policía con el que había estado antes en una reunión para la preparación del viaje del papa. Él también intentaba abrirse camino conduciendo una moto. Le saludé con la mano, me reconoció y se paró. Luego, aunque estaba ya con los ornamentos puestos, me senté como pude detrás de él e hicimos juntos un eslabón a través de la multitud. Conseguí llegar a la basílica del Santo Sepulcro en el mismo momento que el papa. Solté un respiro de alivio: había llegado justo a tiempo para darle su discurso».

7. La tercera sesión

La segunda sesión del Vaticano II había conseguido buenos resultados. Sin embargo, tanto las autoridades romanas como algunos obispos extranjeros estaban seriamente preocupados. Todavía quedaban muchos documentos por examinar. El Concilio corría el riesgo de prolongarse demasiado en el tiempo. El papa habló de ello con algunos cardenales de su confianza. Junto a ellos, decidió confiar a uno de los moderadores, el cardenal Döpfner, la tarea de elaborar un plan para reducir drásticamente los numerosos documentos que quedaban por examinar, muchos de los cuales eran además repetitivos. Con bastante celeridad, el cardenal alemán presentó un plan que fue acogido en sus líneas generales. Algunos obispos progresistas tenían el temor de que esto fuera un expediente para poner freno a la libertad del Concilio. Pero Pablo VI confirmó la necesidad de proceder con más rapidez al mismo tiempo que aseguraba querer llevar a cabo las reformas auspiciadas por los padres conciliares. En esta línea, las diversas comisiones pudieron concentrarse en los esquemas reelaborados según el plan Döpfner. Los nuevos esquemas se enviaron a continuación a los obispos que los recibieron antes de volverse a encontrar en Roma, para que los pudieran estudiar y eventualmente preparar a tiempo sugerencias y correcciones.

La tercera sesión comenzó el 14 de septiembre de 1964 con una gran novedad en el campo litúrgico. El debate fue precedido por una misa celebrada por el papa junto con 24 padres conciliares. En la liturgia católica, la misa no debía ya por tanto ser celebrada por un único sacerdote, sino que podía ser concelebrada, es

decir, celebrada por más sacerdotes reunidos ante el mismo altar. Era una de las primeras reformas en el campo litúrgico aprobadas por el Vaticano II. Siguiendo los esquemas reelaborados según el plan Döpfner, los principales documentos presentados en la tercera sesión fueron el texto reescrito de la futura constitución sobre la divina revelación que, por lo general, fue bien recibido. En cambio, la última constitución sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo dio pie a un largo debate. Algunos padres reprobaban que tuviera una lectura principalmente sociológica. Otros argumentaban que partiera de una consideración demasiado optimista del mundo contemporáneo. Al final se decidió conservar el esquema confiando a algunos expertos alemanes, entre los cuales se encontraba el futuro Benedicto XVI, la tarea de hacer que el texto fuera más próximo a la realidad, mostrando asimismo sus límites más allá del valor de los cambios acontecidos en el tiempo moderno.

Muy discutido fue el esquema sobre el apostolado de los laicos. Los padres progresistas pedían una mayor implicación de los laicos tanto en la redacción definitiva del documento como en la vida de la Iglesia. Los conservadores insistían en la obediencia que los laicos deben a la jerarquía y en la actividad pastoral de cada uno más que la de grupo de laicos. Al final se llegó al acuerdo de reenviar la aprobación del texto a la cuarta sesión implicando más en la revisión del texto a los laicos presentes en el Concilio. Otro argumento muy debatido fue el de la libertad religiosa. El episcopado americano abogaba por el pleno reconocimiento de la libertad religiosa de cada religión o confesión religiosa presentes en los diversos países. La mayoría de los obispos de Italia y España, donde la presencia cristiana era en ese momento ampliamente mayoritaria, insistían en mantener el estatuto de la religión de Estado. Numéricamente, los obispos a favor del pleno reconocimiento de la libertad religiosa a todas las religiones o confesiones religiosas eran mayoría. Sin embargo, se decidió volver a revisar el documento para poder favorecer una mayoría aún más extensa.

Finalizó así la tercera sesión. El trabajo había dado grandes pasos hacia adelante. Ya se podía pensar seriamente en una sesión de conclusión. En enero de 1965, Pablo VI pudo anunciar la fecha de la cuarta sesión que debía comenzar el 14 de septiembre de ese mismo año. Además, anticipó que sería la sesión de con-

clusión del Vaticano II. En los primeros meses del año, las comisiones conciliares trabajaron con diligencia. A mediados de junio, la secretaría general pudo enviar a los obispos los textos de los documentos reelaborados según las indicaciones recibidas.

8. La cuarta sesión y la solemne conclusión del Concilio

En la apertura de la cuarta sesión, Pablo VI realizó dos anuncios importantes. Aceptando la invitación surgida en el Concilio, instituyó el sínodo de obispos. A intervalos regulares, algunos obispos representativos del episcopado mundial serían invitados a reunirse para aportar al papa consejo y colaboración. Era un modo de hacer eficaz la cooperación de los obispos al gobierno universal de la Iglesia. En la sesión anterior, el papa había intervenido para invitar a la mayoría conciliar de los obispos progresistas a tener también en cuenta los argumentos de la minoría de los obispos conservadores. Pero manifestó claramente querer proseguir con las reformas reclamadas por la mayoría. El otro anuncio del papa era su decisión de aceptar la invitación enviada por la secretaría de las Naciones Unidas para visitar la ONU con ocasión del vigésimo aniversario de su fundación. Era un signo de la atención que la Iglesia planteó en el Concilio con respecto a los problemas del mundo.

Los trabajos de la última sesión se pueden dividir en dos partes. En la primera se llevaron las últimas propuestas para mejorar los textos ya examinados. En la segunda se sometieron a voto los textos reelaborados de manera definitiva. La asamblea de los padres conciliares aprobó 4 constituciones, 9 decretos y 4 declaraciones. En la reunión del 7 de diciembre de 1965, vigilia de la solemne conclusión del Vaticano II, el papa hizo otro anuncio de alcance histórico. El obispo de Roma y el patriarca ecuménico, como consecuencia del intenso trabajo del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, habían decidido anular la excomunión que ambas Iglesias se habían intercambiado recíprocamente en 1054. Mons. Johannes Willebrands, secretario de dicho organismo, procedió a la lectura de una declaración común

de los dos jefes de las Iglesias católica y ortodoxa. Dicho texto decía entre otras cosas: «El papa Pablo VI y Atenágoras I lamentan las palabras ofensivas, los reproches infundados y los gestos condenables que de una y otra parte caracterizaron y acompañaron los tristes acontecimientos de aquella época (1054). Lamentan igualmente y borran de la memoria y de la Iglesia las sentencias de excomunión que les siguieron y cuyo recuerdo actúa hasta nuestros días como un obstáculo al acercamiento en la caridad». En presencia de los padres conciliares, el papa entregó al metropolitano Meliton, representante de la Iglesia ortodoxa en el Vaticano II, el breve con el que el papa declaraba nula la excomunión de 1054. En Estambul, en la iglesia del Fanar, el patriarca Atenágoras confiaba a un representante del Secretariado para la Unidad de los Cristianos el tomo con el que anulaba la excomunión a la Iglesia católica. En el Concilio, un aplauso largo, prolongado y entusiasta acompañó al abrazo de paz entre el papa y el metropolitano Meliton. Aunque todavía no se hubieran superado todas las dificultades surgidas a lo largo de los siglos, ya se había emprendido una nueva vía, una vía de fraternidad.

El Vaticano II se clausuró al día siguiente, el 8 de diciembre, en la plaza de San Pedro, ante la presencia de delegaciones de 81 gobiernos y 9 organismos internacionales. En su homilía, el papa invitó a obispos y observadores a trabajar, cada uno en su propio ámbito, en «la renovación del pensamiento, la acción, las costumbres, la fuerza moral, la alegría y la esperanza». Este había sido el fin del Concilio. Ahora era necesario pasar a la segunda fase: la aplicación de las disposiciones conciliares.

II. LAS REFORMAS PROMOVIDAS POR EL VATICANO II

1. La reforma litúrgica

Uno de los primeros documentos aprobados por el Concilio fue la constitución litúrgica que, por lo general, fue bien recibida. En efecto, el documento había sido preparado por el movimiento litúrgico nacido en Francia a finales del siglo XIX. Posteriormente

se difundió por Alemania, sobre todo gracias a Romano Guardini, un teólogo de origen italiano. Publicó una obra, *El espíritu de la liturgia*, que tuvo gran difusión en los países de lengua alemana. Muchos sacerdotes y laicos hicieron propias las orientaciones del movimiento litúrgico. A su vez, la constitución sobre la liturgia hacía suyas muchas propuestas planteadas por liturgistas de manera que, cuando el solemne documento fue presentado en el aula conciliar, la gran mayoría de los padres conciliares lo aceptó. Una de las afirmaciones centrales de la constitución aspiraba a favorecer la participación activa de los fieles en la liturgia, que es «fuente y culmen» de la vida cristiana. Para alcanzar este objetivo, el papa Pablo VI ya había instituido en 1964 un consejo destinado a poner en práctica la constitución sobre la sagrada liturgia.

La reforma litúrgica exigió un largo y complejo trabajo que trajo como consecuencia cambios importantes en la vida de los fieles. Antes del Concilio, las misas eran celebradas por el sacerdote en latín. Habían pasado más de cuatro siglos desde que el uso del latín se había convertido en obligatorio para la celebración de la misa. Ahora, la Iglesia había decidido por fin dirigirse a sus fieles en su propio idioma. Pocos años después de la conclusión del Concilio, la misa y la gran mayoría de los ritos litúrgicos fueron celebrados en las lenguas vernáculas. En Italia, la primera misa en la lengua de los fieles fue celebrada por Pablo VI el 7 de marzo de 1965 en la parroquia de Todos los Santos en la Appia Nuova, en Roma. Sin embargo, fue necesario esperar hasta el 30 de noviembre de 1969 para que estuviera listo el nuevo rito para la celebración de la misa en italiano. En esa ocasión el papa explicó: «Que quede bien claro: no ha cambiado nada en la sustancia de nuestra misa tradicional [...]. En el nuevo rito encontraréis que la relación entre la liturgia de la palabra y la liturgia propiamente eucarística está colocada con mayor claridad [...]. Sabed apreciar cómo la Iglesia, mediante este nuevo y amplio lenguaje, desea dar una mayor eficacia a su mensaje litúrgico». Pero el Concilio había recomendado no abolir del todo el latín, sino considerarlo como una lengua particularmente adecuada para transmitir la sacralidad de las funciones litúrgicas. Esta recomendación fue pronto desatendida.

Otro cambio significativo fue el abandono progresivo de las misas solemnes en las que el coro tenía una importante función

en la transmisión del sentido de la solemnidad y de cómo estar ante Dios. También estas celebraciones fueron pronto abandonadas suscitando la queja de cuantos amaban el sentido de solemnidad y recogimiento generado por las grandes composiciones de Pierluigi da Palestrina, Johann Sebastian Bach, Wolfgang Amadeus Mozart. Otro cambio, en este caso de naturaleza estética, fue el altar *coram populo* (cara al pueblo). Anteriormente, el sacerdote celebraba la misa ante el altar dando la espalda a los fieles. En base a las nuevas disposiciones, muchos altares fueron modificados para que el sacerdote pudiera tener a los fieles ante él y poder así dialogar con ellos. En breve, los cambios litúrgicos aprobados por casi unanimidad en el Concilio fueron el lugar donde pronto se manifestaría el desencuentro entre los partidarios de cambios cada vez más rápidos e improvisados y los encarnizados defensores de tradiciones ya superadas. Los primeros no basaban sus pretensiones en los documentos conciliares, sino en un espíritu del Concilio mejor definido, mientras que los otros querían a toda costa mantener su fidelidad a tradiciones que ya no eran acordes a los tiempos.

2. La reforma de la curia romana

Una de las reformas que con más insistencia reclamaron los padres conciliares era la de la curia romana, en especial la de la congregación entonces llamada del Santo Oficio. Era una congregación que tuvo su origen en el Concilio de Trento y cuya finalidad específica era la conservación integral de la fe ante las herejías y los herejes. Si se podía compartir su finalidad, no pasaba en cambio igual con algunas formas asumidas a lo largo de los siglos. Para indicar un cambio especialmente importante, Pablo VI le cambió incluso el nombre. Así, el Santo Oficio se convirtió en la Congregación para la Doctrina de la Fe. Se impulsó favorecer la transmisión de una visión integral y bella de la doctrina católica más que castigar los errores de los herejes. Los expertos invitados a formar parte de esta congregación no eran ya empleados a tiempo indeterminado procedentes en su mayoría de Italia, sino teólogos y especialistas representantes de todo el orbe católico. Perma-

necían en el cargo durante cinco años; luego podían volver a ser confirmados o volver a sus anteriores ocupaciones.

El Santo Oficio salía redimensionado de la reforma querida por Pablo VI y también la Secretaría de Estado quedaba notablemente reforzada. Estaba constituida por una sección para los asuntos generales, que se encargaba de coordinar los diversos organismos vaticanos, y de una sección para las relaciones con los Estados. Esta sección estaba destinada a la diplomacia vaticana. El prefecto de la Secretaría, llamado secretario de Estado, era de este modo el colaborador más estrecho del papa. Pablo VI, antes de ser nombrado arzobispo de Milán, había trabajado durante largo tiempo en la Secretaría de Estado. De este modo, daba mayor estructura a los organismos vaticanos y a sus tareas.

3. Las conferencias episcopales

Las conferencias episcopales se remontan a la segunda mitad del siglo XIX. Con la afirmación de los Estados nacionales, los obispos de los diversos países y de las diversas áreas lingüísticas habían advertido la necesidad de encontrarse para confrontar sus experiencias y emprender iniciativas en común. Sin embargo, con el Vaticano II, estas conferencias adquirieron una importancia decididamente mayor. La constitución sobre la Iglesia reconocía a los obispos no solo el gobierno de las distintas diócesis del mundo, sino que también les atribuía la responsabilidad de la difusión del Evangelio en el mundo. Decía la constitución dogmática sobre la Iglesia: «Así como, por disposición del Señor, san Pedro y los demás apóstoles forman un solo colegio apostólico, de igual manera se unen entre sí el romano pontífice, sucesor de Pedro, y los obispos, sucesores de los apóstoles» (LG 22). En otras palabras, los obispos eran llamados a colaborar con el papa en el gobierno de la Iglesia universal. Por su parte, las conferencias episcopales se convertían en un cuerpo intermedio entre cada obispo y el papa. Podían tomar decisiones sobre el ejercicio de la pastoral en sus países respectivos.

Sin embargo, tenían dos límites importantes. Por una parte, debían respetar la autonomía de cada obispo en su diócesis; por

la otra, no podían obstaculizar las prerrogativas del obispo de Roma como garante de la unidad y la universalidad de la Iglesia. En Italia, la conferencia episcopal fue instituida con mucho retraso con respecto a las conferencias de otros países. La causa de este retraso era debida tanto a la elevada cantidad de obispos italianos como a su cercanía con la Santa Sede. Muchos obispos estaban acostumbrados a dialogar directamente con los organismos vaticanos y, a través de ellos, con el papa. Fue precisamente Pablo VI quien insistió en 1964 para que la Conferencia Episcopal Italiana saliera de una vez de su fase inicial. Debía transmitir las enseñanzas del Concilio y contribuir a la unidad de los fieles alrededor de la Santa Sede.

4. El Sínodo de Obispos

El 15 de septiembre de 1965, en la primera jornada de la cuarta y última sesión del Vaticano II, Pablo VI anunciaba la institución del sínodo de obispos. En la base de esta decisión se encontraban la feliz experiencia vivida durante el Vaticano II, la voluntad de ir al encuentro del deseo expresado por numerosos padres y los beneficios de una colaboración más estrecha entre la Santa Sede y los obispos. Con el transcurso del tiempo, esta nueva forma de encuentro entre los obispos se ha articulado de tres maneras: la asamblea general ordinaria que trabaja en los problemas generales de la Iglesia, pero que no tiene carácter de urgencia; la asamblea general extraordinaria, que es convocada para resolver cuestiones urgentes; la asamblea especial, que afecta a algunas regiones en particular.

El sínodo tiene como principal cometido el de aconsejar al papa. Por lo tanto, se trata de un organismo consultivo, aunque el pontífice suele publicar a modo de conclusión del mismo una exhortación apostólica en la que tiene en cuenta las recomendaciones formuladas por los padres sinodales. El Vaticano II no se limita a la institución de sínodos extraordinarios, sino que favorece recuperar los sínodos diocesanos. El papa necesita del consejo de los obispos, sucesores de los apóstoles; de igual manera los obispos diocesanos necesitan del consejo de sus sacerdotes. De ahí

parte la decisión de instituir los sínodos diocesanos, retomando una antigua praxis en la Iglesia. Como el Sínodo de los Obispos, el sínodo diocesano es fundamentalmente una institución clerical. Pero con el tiempo se ha advertido cada vez más la exigencia de implicar a los laicos en estos organismos. No han faltado críticas dirigidas tanto a los sínodos universales como a los diocesanos acusados a menudo de ser clericales o incluso de escasa escucha a los laicos, en especial, a las mujeres. En cualquier caso, se han convertido en una importante realidad en la vida de la Iglesia.

Como un podcast: la sinodalidad como característica de la Iglesia

Durante su pontificado, el papa Francisco ha relanzado con fuerza la sinodalidad como característica de la vida de la Iglesia en sintonía con las enseñanzas del Vaticano II. El 22 de mayo de 2022, en un artículo para la revista *Communio*, escribía: «La sinodalidad forma parte de la esencia de la Iglesia y se realiza en el encuentro, en la escucha recíproca y en el discernimiento. Estoy apoyado en la esperanza de que, en la comunidad sinodal en camino que es la Iglesia, podremos estar cada vez más abiertos y receptivos a la acción de Dios uno y trino. En efecto, el Padre “no nos deja nunca solos en nuestro camino”; su Hijo siempre camina con nosotros. “En la fuerza del Espíritu Santo”, nos sabemos guiados en el camino a través de los tiempos” (Plegaria eucarística para diversas circunstancias).

Estamos respaldados por el deseo de una Iglesia renovada espiritualmente. No queremos rupturas, sino un impulso espiritual. Queremos estar atentos y prever los signos de los tiempos, aunque sabemos que estos no deben confundirse con el espíritu del tiempo. Hacer sínodo dignifica regular el propio paso con el del Verbo hecho hombre, seguir sus pasos escuchando su palabra junto con las palabras de los demás».

5. La Comisión Teológica Internacional

Los teólogos, a pesar de no tener derecho a voto, jugaron un gran papel en la preparación y el desarrollo del Vaticano II. En la fase de preparación elaboraron los textos que había que presentar

a los obispos; en los periodos de intervalo entre una sesión y otra, aportaron las correcciones deseadas por los padres conciliares, desempeñaron un gran trabajo para dar una forma estilísticamente bella a los documentos, en especial a las cuatro constituciones. Al final del Concilio, el papa y los obispos decidieron que en el futuro también podrían colaborar en la redacción de documentos especialmente importantes para la vida de la Iglesia. Ya en la primera reunión de la primera asamblea ordinaria del sínodo de obispos, estos pidieron al papa la colaboración de algunos teólogos elegidos por su competencia y por su representatividad de las distintas escuelas teológicas internacionales. El papa Pablo VI acogió la propuesta y el 11 de abril de 1969 instituyó una Comisión Teológica Internacional. Su encargo era ayudar a la Santa Sede y principalmente a la Congregación para la Doctrina de la Fe a la hora de examinar las cuestiones doctrinales de mayor relieve. De este modo, se pretendía superar la distancia que se había creado entre la enseñanza de la doctrina católica, que se iba desarrollando en las distintas escuelas teológicas y la enseñanza del magisterio, en particular el del papa. Misma misión debía cumplir la Pontificia Comisión Bíblica. Instituida a principios del siglo XX, fue anexionada a la Congregación para la Doctrina de la Fe con el fin de profundizar en la nueva espiritualidad bíblica, que había recibido un gran impulso en el Vaticano II con la constitución sobre la revelación, que algunos especialistas consideran el documento más importante del Vaticano II.

Sin embargo, dentro de la Comisión Teológica Internacional se manifestaron dos orientaciones que habrían condicionado la aplicación de los documentos conciliares en la vida de la Iglesia. Por una parte, había teólogos que querían actuar con creciente prisa y con innovaciones cada vez más profundas en la vida de los fieles. Otros, en cambio, pedían una lectura más profunda de los textos conciliares y, sobre todo, un mayor respeto a la tradición, que no podía ser rechazada en bloque. La primera corriente se expresaba en una revista llamada *Concilium*, fundada durante el Vaticano II y cuyos principales exponentes eran Karl Rahner y Hans Küng. La tendencia más reflexiva tomó precisamente forma dentro de la Comisión Teológica Internacional y tuvo como animadores a los teólogos Hans Urs von Balthasar, Henri de Lubac

y Joseph Ratzinger. Aun en la tensión entre ambas corrientes, las dos escuelas teológicas contribuyeron a profundizar en los textos conciliares y a su aplicación en la vida de la Iglesia.

6. Las protestas de los progresistas y la revuelta de los conservadores

Como ya hemos mencionado, las primeras manifestaciones de disensión en el modo de aplicar las reformas conciliares tuvieron lugar dentro de la Comisión Teológica Internacional. Antes aun de llevar a término su mandato, dos teólogos de lengua alemana, el jesuita Karl Rahner y el suizo Johannes Feiner, abandonaron el cargo, sosteniendo que ya no se daban las condiciones para formar parte de una institución demasiado lenta a la hora de llevar a la práctica las reformas conciliares. En la misma línea se habían expresado también los teólogos y obispos de Holanda. En 1966, el cardenal de Utrecht, Bernard Jan Alfrink, en su calidad de presidente de la Conferencia Episcopal de los Países Bajos, concedió su *imprimatur* a un nuevo catecismo inspirado en el Vaticano II. Ese catecismo, pronto llamado simplemente «holandés», expresaba posturas muy progresistas. Después de apenas un mes y medio desde su presentación, un grupo de católicos holandeses presentaron de manera autónoma una petición de denuncia al papa: «En esta publicación se dicen muchas cosas que, o son completamente contrarias a la fe, o enuncian las verdades de la fe de manera ambigua, de tal modo que cada uno pueda comprenderlas a su manera». La protesta pasaba así de la mesa de los teólogos a la de la vida de la Iglesia. El papa Pablo VI respondió a su manera intentando preservar la unidad de la Iglesia. Confió la tarea a un grupo de cardenales que, a su vez, se sirvieron de la ayuda de algunos teólogos para dar una respuesta. Esta preveía una serie de añadidos y clarificaciones que debían ser adjuntadas al catecismo para que este pudiera ser utilizado en la enseñanza de la doctrina católica.

Pero no solo las protestas de los progresistas turbaban la serenidad de los católicos en los años posteriores al Vaticano II. Existía una revuelta todavía más concreta por parte de los conservado-

res nostálgicos del antiguo rito y de la lengua latina. Ya en el día de la primera celebración de la misa en italiano, algunos cardenales tomaron distancias frente al nuevo rito defendiendo que era un alejamiento sin precedentes de la tradición católica. El obispo francés Marcel Lefebvre se hizo portavoz del malestar de los tradicionalistas. Religioso de la Congregación del Espíritu Santo, fue nombrado obispo de Dakar (Senegal) y más tarde de Tulle (Francia). Como tal participó en el Vaticano II dentro del grupo de los conservadores. Sin embargo, tras la conclusión del Concilio, rechazó progresivamente numerosos textos ya aprobados con anterioridad. Más tarde fundó un seminario en Écône (Suiza) donde los sacerdotes eran formados según el método tradicional. La liturgia también se celebraba en latín siguiendo de manera rigurosa el rito antiguo. En vano Pablo VI y su sucesor Juan Pablo II intentaron hacerlo desistir de su iniciativa. Fue excomulgado definitivamente en 1988 cuando ordenó a cuatro nuevos obispos, ejecutando así un acto cismático que lo ponía directamente fuera de la Iglesia católica. Tras ese acto, no fueron pocos los seguidores de Lefebvre que se reincorporaron a la Iglesia católica.

Como un podcast: la elección de Juan Pablo II

Ya hemos mencionado que el Vaticano favoreció el contacto entre obispos de todo el mundo. Esta oportunidad llevó a un giro totalmente inesperado en 1978. Ese año moría Pablo VI y le sucedía el patriarca de Venecia, Albino Luciani, que eligió el nombre de Juan Pablo I. Pero tras un mes de pontificado, el nuevo papa murió de improviso por lo que se debía proceder a una nueva elección. Los cardenales italianos todavía estaban divididos entre progresistas y conservadores. Los cardenales alemanes pensaron entonces en el cardenal de Cracovia, el polaco Karol Józef Wojtyła. Aunque poco conocido por el gran público, había participado asiduamente en las reuniones del Vaticano II y era apreciado por su apertura e inteligencia. El padre de Lubac escribió en sus memorias: «He conocido a un obispo que tendría que ser papa. Se llama Karol Wojtyła». Físico atlético y gran viajero, el papa polaco conquistó de inmediato la simpatía de los romanos, de los católicos e incluso de los no creyentes de todo el mundo.

Según el periodista Luigi Accattoli, que lo siguió en muchos de sus numerosos viajes por el mundo, su largo pontificado puede ser

resumido en cuatro lemas pronunciados por él en las distintas fases de su pontificado. El primer lema es el pronunciado el 22 de octubre de 1978, el día del inicio de su pontificado: «¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!». Este lema caracterizaría los primeros años de su pontificado. El segundo: «Mirar más abiertamente y caminar hacia el mar abierto», anunciaba el programa que fue desarrollado principalmente en el decenio entre 1985 y 1995. El tercero: «Pido perdón en nombre de la Iglesia», anticipaba las peticiones de perdón de sus sucesores Benedicto XVI y Francisco. El último: «Mientras tenga voz, gritaré: ¡paz!», pronunciado en el nuevo milenio y que parecía haber adivinado los tiempos difíciles que ahora estamos viviendo.

7. El Código de Derecho Canónico y el Catecismo de la Iglesia universal

Las reformas promovidas por el Vaticano II no acabaron con la muerte de Pablo VI. Siguieron en el pontificado de Juan Pablo II que, como ya se ha mencionado, había participado asiduamente en el Concilio. Dos documentos de extraordinaria importancia para la vida de la Iglesia fueron publicados durante el pontificado del papa polaco: el Código de Derecho Canónico y el Catecismo de la Iglesia universal.

La necesidad de una revisión del antiguo código que contenía la legislación canónica fue elaborada a principios del siglo XX y ya había sido señalada por Juan XXIII. Muy pronto resultó claro que no se podía pensar en el nuevo código antes de llevar a término el Concilio. Por lo tanto, fue elaborado en los años siguientes a su conclusión y se puso en marcha siguiendo el espíritu del Vaticano II, en cuyos documentos la Iglesia es presentada como sacramento de salvación y pueblo de Dios. Por este motivo, el nuevo código no es un elenco de faltas y penas, sino que tiene el fin de poner orden en la vida cristiana dando la primacía al amor, a la gracia y a los carismas. Dos años después de la publicación del *Código de Derecho Canónico* se iba a celebrar el vigésimo aniversario de la conclusión del Vaticano II.

Para dar solemnidad a este aniversario, Juan Pablo II convocó un sínodo extraordinario durante el cual numerosos obispos

expresaron el deseo de que se redactara un catecismo universal de la Iglesia católica. En los años precedentes, varias conferencias episcopales habían publicado un catecismo para diversos países y en diversos idiomas. Ahora se sentía la necesidad de un catecismo que debía servir como punto de referencia para la Iglesia universal. Acogiendo este deseo, el papa instituyó una comisión cardenalicia presidida por el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el cardenal Joseph Ratzinger. A su vez, la comisión cardenalicia nombró a un grupo compuesto por algunos obispos representantes de diversas áreas lingüísticas. Antes incluso de que se pusiera a trabajar la comisión, varios exponentes del área progresista dieron a conocer su escepticismo sobre la posibilidad de tener un catecismo universal. De este modo, surgió la dificultad de encontrar una síntesis entre pluralidad y unidad y una justa atención a las situaciones de las distintas iglesias locales. Si era justo, como habían pedido numerosos padres en el Concilio, tener en cuenta las peculiaridades de cada lengua y cultura, era al mismo tiempo necesario preservar la universalidad de la enseñanza cristiana, del único Evangelio confiado a los apóstoles con la misión de darlo a conocer a toda la gente.

Esta tarea, que parecía imposible, se pudo llevar a término con buenos resultados en un tiempo relativamente breve. En efecto, en 1992, Juan Pablo II aprobaba el texto elaborado por los redactores y lo presentaba a la Iglesia universal con las siguientes palabras: el *Catecismo de la Iglesia Católica* «está bien articulado y responde a las indicaciones de los padres sinodales, refleja fielmente la doctrina del Vaticano II y se dirige al hombre de hoy con el mensaje cristiano en toda su integralidad y totalidad». También los fieles de todas partes del mundo acogieron positivamente el nuevo catecismo que tuvo una larga difusión por todo el mundo.

Tras la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, el *Código de Derecho Canónico* ha sido reelaborado en varias ocasiones en lo referente a algunas leyes y disposiciones para tener en cuenta el Catecismo y la nueva sensibilidad eclesial defendida por el papa Francisco. Entre otras cosas, se ha pretendido implicar a los laicos y, de modo particular, a las mujeres en los ámbitos en los que se toman las decisiones para la vida de la Iglesia.

CONCLUSIÓN

Como conclusión de este breve recorrido a través de la historia y las principales innovaciones introducidas por el Vaticano II en la vida de la Iglesia, podemos preguntarnos: ¿cuál ha sido el significado de este extraordinario acontecimiento que, según el papa Francisco, tiene todavía consecuencias importantes en la actualidad? Me gustaría introducir esta consideración concluyente recordando la frase de Pablo VI a la hora de anunciar el cambio del rito en la celebración de la misa: «Que quede bien claro: no ha cambiado nada en la sustancia de nuestra misa tradicional». Esta premisa es válida para cualquier otro cambio considerado necesario para el anuncio del Evangelio a los hombres del tercer milenio. Dicho esto, es necesario decir que los cambios han sido numerosos e importantes. Los resumimos a partir de las cuatro constituciones, los textos más importantes aprobados por los padres que tomaron parte en el Vaticano II.

La *celebración de la misa* y de otras oraciones litúrgicas en las lenguas vernáculas y no ya en latín. Como explica la constitución litúrgica, esta innovación fue considerada indispensable para favorecer la participación activa de los fieles en la liturgia. Ya no son meros espectadores, están invitados a la mesa eucarística y a cantar las alabanzas al Señor en las demás oraciones litúrgicas. Como ya se ha mencionado, las tensiones más punzantes en los años posteriores al desarrollo del Concilio se dieron en este ámbito. Por una parte, estaban lo que querían realizar cambios muy rápido, aportando novedades a veces carentes de gusto y de atención a lo bello. Por la otra, estaban los nostálgicos de la lengua latina que no se sentían capaces de abandonar un patrimonio secular, incluso a costa de generar un cisma, lo que es una dolorosa laceración en la Iglesia. Con el transcurrir de los años y con una cierta consideración hacia los más moderados, este cisma se ha reducido en parte.

Iglesias locales e Iglesia universal. Queriendo resumir, se puede decir que el Vaticano I se había preocupado sobre todo de la unidad de la Iglesia y de la misión del papa, garante de esta unidad. En cambio, el Vaticano II se ocupó sobre todo de las Iglesias locales, en especial, de los obispos. Estos no son solamente eje-

cutores de las órdenes recibidas por el papa, sucesor de san Pedro, sino que son sucesores de los apóstoles, por lo que a su vez son responsables de la difusión del Evangelio en el mundo. A partir de esta consideración general tomaron nuevo impulso las conferencias episcopales y se instituyó el sínodo de obispos. A su vez, los obispos eran invitados a colaborar en sus diócesis con sus sacerdotes, con los fieles laicos, hombres y mujeres, llamados estos a difundir y dar testimonio a su vez del Evangelio.

La Palabra de Dios. En 1900, el estudio de la Sagrada Escritura hizo grandes progresos tanto entre los investigadores protestantes como en los católicos. De este modo, se pudo colocar mejor en su contexto histórico cultural a cada libro de la Biblia; se profundizó sobre todo en el significado del mensaje tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. A través de la escucha atenta y devota de la Palabra de la Biblia resuena aún la Palabra de Dios. Por este motivo, en el inicio de cada sesión conciliar se llevaba en procesión la Biblia y se colocaba en el centro de la asamblea. Los obispos, como dice el comienzo de la constitución sobre la revelación, declararon querer ponerse en religiosa escucha de la Palabra de Dios y querer proclamarla con firme confianza. El mismo significado de la procesión que introduce toda misa solemne. El evangelionario es llevado en procesión hacia el altar y depositado sobre el atril desde el que los lectores proclamarán la Palabra de Dios. Por lo tanto, como hicieron los padres conciliares, los fieles son invitados a ponerse a la escucha religiosa y devota. No solo eso, son invitados a leer y meditar la Palabra de Dios también en pequeños grupos o en familia. Esta ha sido una de las principales adquisiciones introducidas por el Vaticano II. Los fieles laicos también tienen por tanto la posibilidad de acercarse a la Palabra de Dios, meditarla y ponerla en práctica.

La Iglesia en el mundo contemporáneo. La palabra de orden con la que el papa Juan XXIII había convocado el Concilio fue *aggiornamento*. Antes de pasar a la fase de aplicación, eran sin embargo necesarias las profundizaciones apenas mencionadas. Los padres tuvieron que acercarse a la liturgia, culmen y fuente de la vida cristiana; tuvieron que profundizar en la concepción que tiene la Iglesia de sí misma; tuvieron que meditar sobre la Palabra de Dios, el modo con el que Dios se reveló durante siglos hasta al-

canzar la revelación definitiva de Jesucristo. Solo entonces podía reflexionar sobre el *aggiornamento*, sobre el modo de anunciar el Evangelio a los hombres de nuestro tiempo, el anuncio de la salvación traído por Jesús. Para este *aggiornamento* se dedicó en especial la constitución sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo. Reflexionando sobre las tres constituciones ya mencionadas, una cosa estaba clara. Ya no se trataba de huir del mundo, ignorar los problemas de los tiempos modernos porque, como mencionó el teólogo Hans Urs von Balthasar, este es el mundo por el que se encarnó el Hijo de Dios, anunció el Evangelio, murió y resucitó. Por lo tanto, la Iglesia, corrigiendo un antiguo modo de ver al mundo casi con desprecio y distancia, se ponía delante en una actitud de simpatía y respeto. Así se explica el inicio de la constitución sobre la Iglesia en el mundo actual: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón». Por lo tanto, la Iglesia no se considera ya como una sociedad independiente, separada de algún modo del mundo, sino que se pone a su servicio, hace suyas las esperanzas y los sufrimientos de los hombres. Como ya había explicado la constitución sobre la Iglesia, esta es santa por la gracia de Dios, pero también pecadora por las faltas de sus miembros. Por lo tanto, la Iglesia ha pedido en varias ocasiones perdón por las culpas de sus miembros, que han traicionado la confianza de los fieles y de los hombres. Al mismo tiempo, es necesario saber discernir que el pecado de unos no puede ensombrecer el bien hecho por tantos testigos del Evangelio. El pecado de siervos infieles no puede ofuscar la gracia de Dios que se ha manifestado, y aún lo hace, en la Iglesia fundada por Jesús y guiada por el Espíritu Santo, espíritu de amor.

Como un podcast: Henri de Lubac y el testimonio cristiano

El jesuita Henri de Lubac fue un teólogo, un hombre de Iglesia, pero también un testigo de su tiempo. Durante la ocupación alemana de Francia, publicó una revista clandestina llamada *Cahiers du Témoignage Chrétien* en los que alertaba del antise-

mitismo de los nazis. Buscado por las SS, consiguió escapar a su captura y se refugió en una vieja casa parroquial abandonada donde escribió *El misterio de lo sobrenatural*, que cambiaba profundamente la visión católica de la teología. El mundo sobrenatural, Dios, es el deseo más íntimo del hombre. Dios acoge libremente este deseo, se revela al hombre en su amor a través de los sacramentos y la Iglesia abre el camino que conduce a la salvación y a la vida eterna.

Combatido por estas ideas por parte de los conservadores durante mucho tiempo, de Lubac gozó una justa, aunque breve, consideración en los tiempos del Concilio. También fue nombrado cardenal por Juan Pablo II. Sin embargo, pronto se le ninguneó al considerarlo como un teólogo ya superado. Yo lo conocí cuando trabajé en la edición de sus obras en Italia. En uno de los últimos encuentros me dijo una frase que merece ser mencionada: «A veces se puede y se debe incluso criticar a la Iglesia. Pero se ha de hacer con las lágrimas en los ojos. Es nuestra madre, la esperanza de salvación para los cristianos y el mundo entero». Esta consideración es todavía más importante cuando la Iglesia sufre dificultades. Es necesario recordar entonces que no es la primera vez que atraviesa momentos difíciles. Es necesario tener sobre todo confianza en el auxilio de Jesús que prometió a sus discípulos que les acompañaría en su camino hasta el fin del mundo, cuando vendrá de nuevo para abrir a los fieles y a los hombres el camino que lleva al Padre, a la salvación eterna.